

*LA FIESTA DEL TORO DE CALLE. DESCRIPCIÓN DE
UNA TRADICIÓN POPULAR EN LA SIERRA DE
ESPADÁN (Castellón)*

María Dolores Vargas Llovera
Universidad de Alicante



Las fiestas de los toros en los pueblos de muchas comarcas de Castellón tienen, sin duda, tal arraigo y ejercen tal fascinación entre sus gentes que resulta muy difícil de comprender para los extraños que, por otra parte, pueden caer fácilmente en la tentación de tachar estos festejos de bárbaros o primitivos.

Han sido varios los veranos que hemos recorrido los pueblos de la Sierra de Espadán acompañando a nuestro amigo Julian Pitt-Rivers para ver y estudiar los toros de calle. Sirvan estas líneas para recordar las jornadas vividas en las plazas de los pueblos, entre el subir y bajar por las *barrenas*¹, el refugiarnos en los burladeros improvisados delante de las puertas de las casas para salvaguardarnos de las embestidas de los toros llamados de *corro*². Desde nuestra experiencia

¹ Término que significa barreras, pero que en el Alto Palancia donde se encuentra la Sierra de Espadán se le denomina *barrenas*.

² Conjunto de toros y vacas que se alquilan durante los días de fiesta. Estos animales sólo se crían en ganaderías para las festividades de los pueblos.

recorriendo estos pueblos, en uno de los cuales, Algimia de Almonacid, en plena Sierra de Espadán, residí durante bastante tiempo podemos describir la singularidad ya no de los



Fig. n.º 7.- *Fiestas populares de toros del Alto Palencia y Sierra de Espadán. (Castellón).* Disposición de las barreras. Hasta hace pocos años, estas barreras se constituían, como indica la ilustración, con troncos de árboles y traviesas que se sujetaban con cuerdas y que formaba una especie de escalera por la que se podrá trepar. (Fot. de M^a Dolores Vargas).

toros que se exhiben de día, sino también la fascinación estética del toro embolado o toro de fuego como es conocido en otros lugares. Toro que recorre las calles de los pueblos de la comarca luciendo sobre sus astas dos formidables antorchas que iluminan las apacibles noches veraniegas.

En el área geográfica a la que nos estamos refiriendo, el toro está íntimamente ligado a las fiestas patronales. Podrán programarse multitud de festejos, pero sin los toros no se conciben las fiestas. Los toros forman parte del inconsciente colectivo de las gentes que hora tras hora los ven correr por las calles de sus pueblos sin cansarse ni aburrirse pese a la aparente monotonía que ese ir y venir del cornúpe- ta podría despertar en un forastero. Nada más lejos de la realidad. El público está atento a todos los movimientos del toro o de la vaca, pues en general son vaquillas las que se corren durante el día, y comenta sus cualidades, si es mansa, si embiste bien, si tiene resistencia. Aunque todo esto no es más que un aperitivo para el auténtico espectáculo: el toro de la noche.

En todo el Alto Palencia y Sierra de Espadán suelen celebrarse las fiestas patronales en los meses de julio y de agosto y aunque se programen, como hemos dicho, diversos actos culturales y de diversión el núcleo de las fiestas son los toros de calle, que marcan el ritmo, los espacios festivos y el horario vital del pueblo.

Al comenzar las fiestas, el centro del pueblo que suele corresponder a la plaza mayor y calles adyacentes, queda delimitado por las *barrenas*. (Fig. n.º 7) Hasta hace pocos años, éstas se construían con troncos de árboles, tablones y traviesas que se sujetaban con cuerdas y que formaban una especie de escalera por la que se podía trepar. En la actualidad, en muchas localidades, se han sustituido por barrotes de hierro colocados verticalmente de tal modo que permitan el paso de un hombre pero no del animal. Estas *barrenas* modernas son más prácticas y más fáciles de montar y des-

montar pero evidentemente menos bellas. Las barrenas, sean del tipo que sean, se sitúan en las esquinas y bocacalles delimitando un mundo interior, el recinto sagrado en donde el

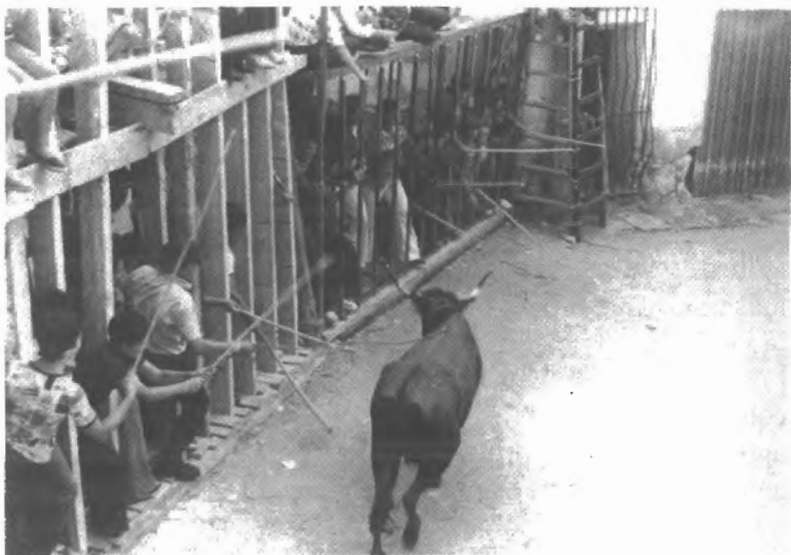


Fig. n.º 8.- Durante el tiempo que cada toro suele estar en la calle (una media hora) es hostigado desde la barrera, con cañas y palos, con el fin de que no permanezca quieto. (Fot. de M^a Dolores Vargas).

toro se mueve libremente y un mundo exterior, el resto del pueblo, que queda aislado. Son las *barrenas* las que permiten ponerse al abrigo de las embestidas del toro y, al mismo tiempo, las que dan paso al recinto donde el hombre y el toro se enfrentan.

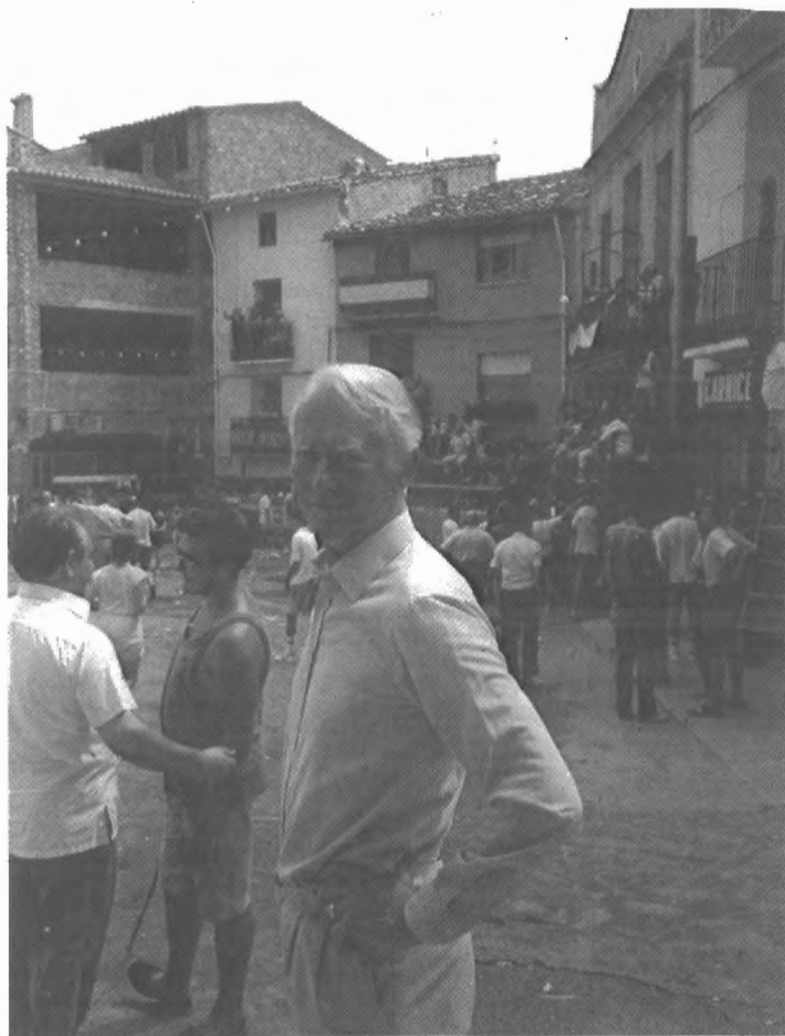


Fig. n.º 9.- Julian Pitt Rivers en las fiestas de toros de Algimia de Almonacid esperando la merienda. (Fot. de M.^a Dolores Vargas).

Dos días antes de comenzar los festejos taurinos, los mozos, y no tan mozos, se preparan para cerrar las calles donde se desarrollará la fiesta. Con tractores van recogiendo los materiales de madera y las cuerdas y sogas que darán forma a las barrenas y en las puertas de las casas se irán instalando unos burladeros *sui generis* para que en el juego entre el toro y el hombre éste tenga un lugar de refugio. La armonía y el buen yantar forman parte de la preparación del recinto. El corral que alojará al ganado a la espera de ser soltado se llama corro y suele improvisarse habilitando algún lugar cerca de la plaza como puede ser un callejón, un corral o un patio viejo. Los toros solo permanecen en el corro mientras dura el festejo. Hasta entonces pacen libremente en las proximidades del pueblo, cerca de alguna huerta, prado o algún riachuelo, eso sí bajo la atenta vigilancia de un pastor. La fiesta comienza al mediodía con lo que se llama la entrada que no es otra cosa que el traer los toros desde el campo hasta el corral. Los toros que van a correr ese día son arreados por el pastor, llevados al extremo más lejano del recinto festivo y tras disparar los tres cohetes de aviso son soltados para que recorran las calles y lleguen a la plaza para que el pueblo pueda ver que clase de ganado se va a correr por la tarde y que toro se va a embolar por la noche. Una vez que han llegado a la plaza y con ayuda del pastor y los mansos (cabestros) son introducidos al corral de la plaza y se suelta uno como *prueba* del festejo. Se procura que el animal, y de eso ya se encarga el pastor, se cansé lo menos posible. Tras una vuelta de exhibición se sacan los mansos para que el animal vuelva al corral.

Esta es la primera salida que los toros y las vacas hacen al recinto de la fiesta. Hasta la tarde no volverán a correrse los toros. Por la tarde de nuevo los cohetes anuncian que van a soltar los toros, decimos toros en sentido genérico pero en realidad se sueltan más vacas que toros. Cada animal suele estar en la calle una media hora, transcurrido ese tiempo el pastor con los cabestros lo devuelve al corral. Durante el tiempo que el animal está en la calle lo suelen hostigar desde las barrenas con largas cañas y palos, con el fin de que no permanezca quieto, los mas osados corren delante de él en un juego de valor no exento de peligro, pues aunque se intenta mantener siempre una distancia de seguridad, que los nativos conocen muy bien, no son infrecuentes las cogidas (Fig. n.º 8). Se establece un juego entre le hombre y el animal. Una lucha entre la agilidad y la inteligencia y la fuerza y la bravura. Una especie de diversión en donde el miedo a la cogida siempre está presente. El cuarto animal que se suelta siempre es macho y marca el límite entre las dos partes de la tarde, es el llamado «toro de la merienda» (Fig. n.º 9). Una vez transcurrido el tiempo de la suelta del toro y éste es conducido a los corrales el recinto taurino es convertido en un lugar de divertimento y comensalidad. La plaza y calles adyacentes se transforman como por encanto y se llenan de mesas, sillas comidas y bebidas, en donde en general no suelen faltar las tortas de tomate y una especie de pan dulce con chocolate. Todas las peñas, amigos y vecinos se preparan para merendar mientras se comentan las incidencias del festejo.

Nuevamente, y tras los cohetes de rigor, el recinto queda nuevamente libre para comenzar la suelta de las

vaquillas. La tarde ha terminado y de nuevo la plaza se prepara para cenar en un nuevo acto de comensalidad. Será entrada la media noche cuando llegue el momento culminante de la fiesta: el embolar al toro. De la plaza se van retirando mesas y sillas y poco a poco se va llenando de grupos de personas, algunas venidas de los pueblos limítrofes, que de una forma u otra tomarán parte directa o indirectamente en la operación del embolado del toro. La plaza momentos antes de embolar el toro está tan llena de gente que uno no se explica, la primera vez que lo, ve donde podrán guarecerse cuando suelten al toro. El personaje más importante del momento es el embolador que previo contrato verbal es el que realiza y prepara las bolas que él mismo colocará en los cuernos. Las bolas están engarzadas en unos armazones de hierro en forma de astas que se atornillan a su vez a las propias del toro. En la punta de cada parte del armazón va una bola de estopa o cáñamo impregnada de varias sustancias: alquitrán, brea, petróleo, trementina, resina, pez y sobretodo de secreto profesional. La bola tiene una red tejida de alambre y una especie de platillo protector en la base que impide que las chispas que puedan desprenderse no dañen al animal. Existen categorías de emboladores, pues el buen embolador es aquel que, siguiendo la tradición, tiene que ser capaz de elaborar unas bolas que ardan de manera interrumpida durante aproximadamente dos horas. Ni más ni menos que el tiempo requerido para el buen desarrollo de la fiesta. (Fig. n.º 10)

Para embolar al toro se le pasa por los cuernos un lazo, generalmente dentro del corral. El lazo es una soga resistente y bastante larga que se pasa por el agujero que

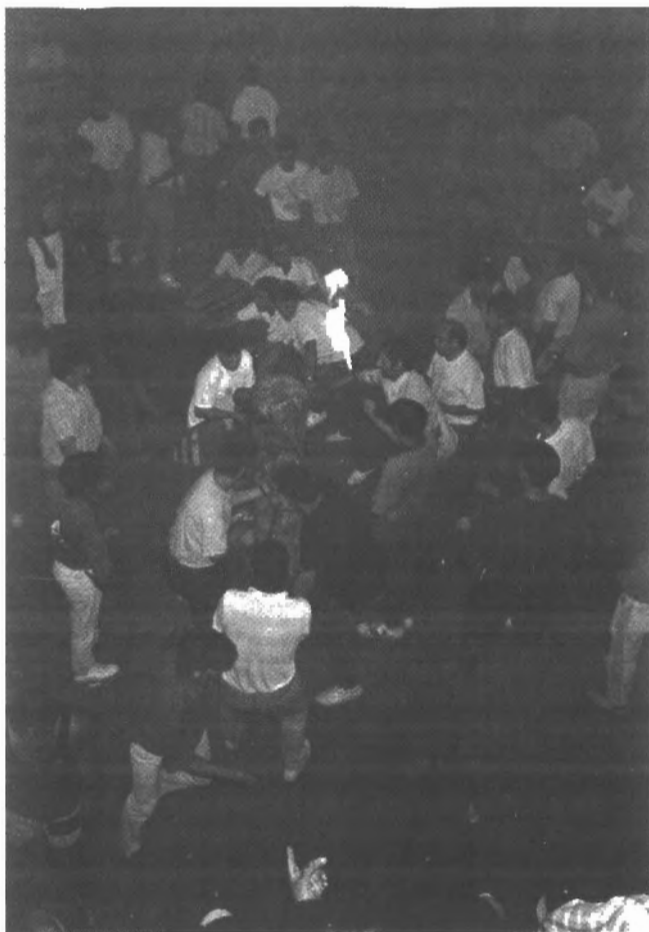


Fig. n.º 10.- Durante la noche se deja la segunda parte de la fiesta del *toro embolado* o toro de fuego. Es el momento de la fiesta más espectacular y que atrae más público. La faena de ensogar, engarzar el armazón con las bolas, prenderlas y la suelta del toro son faenas de gran emoción. (Fot. de M.^a Dolores Vargas).

lleva un tronco llamado *pilón*, de una altura de alrededor de un metro y medio y que se encuentra hundido y perfectamente clavado en medio de la plaza. Al tirar de la soga van aproximando el toro al pilón y aunque este se defiende con derrotes y embestidas a uno y otro lado no puede impedir que lo sujeten por el testuz. Una vez sujetado, el gentío se abalanza sobre él para inmovilizarlo. El embolador se abre camino entre el bullicioso público y le coloca el armazón con las bolas a las que prende fuego. Una vez las bolas encendidas todo el mundo abandona al animal excepto dos jóvenes con experiencia y generalmente fuerte. Uno con una navaja muy afilada corta la cuerda que aprisiona al toro y el otro coge el rabo del animal para dar tiempo al que le corta la cuerda a ponerse a salvo. Este es un momento mágico en la noche del toro embolado, la tensión se respira en toda la plaza que siempre se encuentra abarrotada de público. El toro cegado por el resplandor del fuego cabecea con furia en un intento desesperado por desasirse de tan incómodos aditamentos. Comienza a corretear y cada vez cabecea menos al darse cuenta de su inutilidad, hasta que arranca majestuoso con su bravura y fuerza mientras que comienza el juego entre los que salen al recinto a torearlo y las embestidas del toro. Los hombres persiguen al toro y el toro persigue a los hombres. Es un bello espectáculo en la noche. Si el toro embiste bien la fiesta llega al paroxismo. El riesgo de la provocación y las embestidas del toro entran dentro del cálculo de probabilidades de la cogida. El juego es calcular el riesgo e intentar resolverlo con habilidad, este es el punto donde se valora el enfrentamiento y la destreza entre hombre y toro.



Fig. n.º 11.- Julian Pitt-Rivers en una fiesta de toros de la Sierra de Espadán. A la derecha de la fotografía su amigo Joaquín Alonso (Fot. cedida por D. Vargas).

A medida que pasa el tiempo se van agotando las bolas, la fuerza del toro y las provocaciones de los hombres. El espectáculo va decreciendo paulatinamente. Cuando se apagan las bolas se intenta coger al toro echándole un lazo alrededor de los cuernos para volverlo al pilón, liberarlo del armazón y devolverlo nuevamente al corral.

Son las dos o las tres de la madrugada y la fiesta ha acabado. Al día siguiente se repetirá otra vez todo el ritual. Lo normal es que haya tres días de toros. Como cada localidad los celebra en fechas diferentes, el verano es un ir y venir de pueblo en pueblo, de recorrer la fascinación que nos ofrece el juego entre hombre y toro y Julian Pitt-Rivers participaba, se subía por las *barrenas*, cogía la cuerda, estaba entre la multitud aguantando el toro y participaba en la comensalidad de la fiesta. Julián, nunca te olvidaremos.

